

apartadas, con las manos ceñidas á la espalda y los ojos cerrados por espesísimas vendas, á fin de que nada pudieran ver y nada noticiar. Por fin, tras haber andado tiempo indefinido é incalculable, aun se hallaban de Lisboa dos meses, aunque navegasen día y noche, y no les combatieran y contrastaran temporales adversos. Este mismo Edrisi describe la isla de Thule, invocada por Séneca en sus inmortales versos, y dice cómo las guerras echaron de allí sus habitantes y los esparcieron por territorios ignorados y misteriosos. Profundas y extrañas las noticias de Assamarcandi, quien á Ptolomeo comentó en el siglo décimotercio. Cuenta el comentador cómo Alejandro acostumbraba en sus exploraciones á poner de relieve costas, lagos, montes, ríos, después que recorriera y se apropiara un país. Bajo el imperio de tal costumbre antojósele al conquistador expedir varias naves por el Atlántico, dotadas de torres con cúpulas parecidas á observatorios, al fin de que buscasen los límites de tal inmenso espacio y trajesen verdaderas noticias. Las embarcaciones corrieron paralelamente por vías diversas, aunque llevando todos la misma dirección y rumbo, sin encontrar otra cosa que mar con cielo eternos y en el mar cachalotes y mantas. Ya cansados de andar, discutieron unos con otros acerca de volverse, y corrido nuevo mes en el tiempo y nueva extensión en el espacio, toparon los exploradores con misteriosa nave, tripulada y dirigida de allende á igual objeto que la suya, sí, al objeto de buscar tierra, en opuesto inverso camino, tierra de Oriente. Casaron una mujer de la nave, por el rey oriental

expedida, con un hombre de la nave occidental, cuyo matrimonio llegó á generar un hijo sabedor de las sendas lenguas usadas por aquellos que lo habían engendrado. Y así los desconocidos entendieron cómo existía en Oriente un Rey que se llamaba de nombre Alejandro, y los griegos, cómo existía, de los mares aquellos allende hacia Occidente, reinos muy extensos con reyes todopoderosos. Andaban estas ideas de las ciencias árabes por tal suerte y manera en los aires y en los espíritus, que las evoca y cita Colón en sus cartas á los Reyes, dando cuenta del viaje tercero, cartas en que aduce para sus tesis el testimonio de Aristóteles, tal como lo halla en los comentarios, denominados por él mismo, de Averruiz, queriendo probar que nuestro globo es pequeño y nuestros mares cortos.

Pero no solamente se hallan indicios del descubrimiento de América en los libros árabes; hállanse, y muchos, en los libros judíos. Mil veces, durante todo el discurso de nuestra Historia, hemos demostrado qué caso hacía de cualquier noticia encontrada en la Biblia Colón respecto de Occidente y qué partido sacaba del continuo empeño con que los profetas hebreos predecían la extensión del nombre de Dios hacia Occidente. No volveremos sobre cuanto tenemos ya dicho respecto del libro de las *Profetas*, bebido en las fuentes bíblicas por el sublime descubridor. Los escritores rabínicos, dados estos relampagueos religiosos, no podían dejar de tener sumos indicios así respecto del mar occidental, como respecto de las tierras indicadas en sus tradicionales y propias letras,

cuando los escritores católicos mismos tanto en ellas se orientaban para inquirir y profesar sus ciencias geográficas. En la carta histórica del tercer viaje, Colón acota varios versículos del revelador libro de Esdras, añadiendo, bajo la invocación y autoridad del Cardenal Aliaco, que lo autorizan doctores y santos como San Agustín y San Ambrosio. Declara Esdras que de las siete partes del mundo, según dicho de Colón en persona, las seis son descubiertas, y la una cubierta de agua; tras lo cual, rectifica un poco lo dicho en otra parte respecto de la pequeñez del globo al par que confirma su yerro perdurable respecto de la brevedad del mar, añadiendo: «En cuanto á esto del enjuto de la tierra, muchísimo se ha experimentado que es mucho más de lo que el vulgo cree, y no es maravilla, porque andando más, más se sabe.» Así los literatos judíos sacan por su parte grandísimo provecho para Israel en esto de libros y anuncios geográficos destinados á esclarecer los mares entenebrados y los continentes misteriosos. Manassech Ben Israel, por ejemplo, nos dice que las diez tribus, conducidas por Salmanasar á cautiverio en tiempo del Rey Oseas, y acampadas sobre las orillas del Eufrates, acordaron entre sí pasar allende, á una región remota, con el propósito de guardar mejor su ley precavida de toda idolatría; y así, entrando por lo más estrecho del río asirio, el Señor usó con ellos maravillas y obró para ellos milagros, hasta detener la corriente del agua, para que á pie muy enjuto pasasen y llegaran á regiones que los maestros en letras rabínicas creen correspondientes con Méjico y con el Perú. Otro sabio, Ge-

nebrardo, autor en el siglo décimosexto de una *Isagoge rabínica*, hecha para enseñar á entender con fruto las letras hebreas, comentando el viaje de las diez tribus, asegura que la tierra de Arsaveth, donde designa el Profeta la reunión de los diez grupos hebreos, es la Tartaria Mayor, y que desde la Tartaria Mayor fueron á la isla de Groenlandia, y desde Groenlandia, por el estrecho de Davis, se propusieron pasar á la tierra del Labrador, «que ya es tierra de Indias, dice, y que dista sólo cincuenta leguas de Groenlandia.» Y no les basta, no, á estos rabinos con las palabras de su Esdras como reveladoras de América; juzgan que también la revelan unas palabras de Isaías en su capítulo xi, diciendo cómo llamó el Dios de Israel á los suyos, no sólo de Asiria y del Egipto y de Etiopía, «sino también de las islas de Occidente.» Y á todo esto añaden los rabinos, para confirmar la estada secular y antiquísima de los israelitas en el Nuevo Mundo, la relación de un judío portugués que respondía á los nombres de Arahón Leví, alias Montesinos, quien aseguraba que, habiendo ido á lomo de mula por los Andes y sus altas planicies, encontró varios arrieros indígenas, los cuales dijéronle cómo habían inferido ellos en América, por su mal, á una gente santísima las penas que los españoles por su parte les infirieran á ellos; y deseando conocer el industriado así la gente de quien los arrieros hablaban, como supiesen éstos era hijo de Israel, condujéronle durante ocho jornadas por un río muy caudaloso y muy amplio, en cuyas orillas á punto llegaron conocido y señalado por los conductores, donde se detuvieron, y, de-

tenidos ya, sacaron un pabellón de algodones é hicieron señas, tras las cuales viéronse á su vez otras semejantes y correspondientes con ellas anunciando que iban á su encuentro una mujer y tres hombres, quienes recitaban el versículo iv del capítulo iv del *Deuteronomio*, y luego do recitarlo, se marchaban río arriba, y venían otras cuatro personas con el mismo cantar en los labios y el mismo carácter en las figuras, todo ello indicativo de que había una tribu hebrea en aquel sitio, quien, á pesar de haberle dado el viajero, por medio de los allí advenidos, muchas fianzas de fidelidad, no quiso aceptar convivencia ninguna con él, recluso en los senos de un recelo, quizá proveniente del odio religioso. Tales aparecían, tan radiosas y difusas y perplejas, las ideas esparcidas por todas partes respecto del Nuevo Mundo.

Si las nociones más ó menos confusas de griegos y orientales, así árabes como judíos, indican la constante aspiración de nuestra especie á penetrar los misterios del Océano, sacudiendo las supersticiones mismas, que parecían evaporadas de su inmensidad; las ideas de los escritores católicos durante toda la Edad Media no indican y no preparan menos este grandioso acaecimiento. Aunque la irrupción de los bárbaros nos empujase atrás en términos de parecer la Europa entonces un pueblo casi primitivo, como encerrado so terror á la Naturaleza ignorada bajo la tutela primero de una teocracia omnipotente y después de un feudalismo militar espantoso, no se perdió del todo la vieja cultura clásica, merced á dos factores capitales de la civilización cristiana; primero el monaste-

rio benedictino, segundo la escuela cordobesa. Todo aquello, que cabía en circunstancias tales hacer, habíalo hecho nuestra patria en los siglos bárbaros con dos monumentos, científico el uno, las obras de san Isidoro; el otro jurídico, nuestra legislación visigoda. En el desierto extendido por las irrupciones y por las guerras, desierto que hasta el espíritu llegaba y la conciencia, flotó aquel nombre de Aristóteles, aclamado como luminosísimo foco á un tiempo y por una providencial coincidencia entre los doctores árabes y los teólogos católicos. Acabado y perfecto el círculo de la metafísica helénica, por haber agotado casi esta ciencia el genio divino de Platón, la filosofía tomó propensiones naturalistas, prácticas en los aristotélicos, y propensiones morales, jurídicas en los estoicos. Y los aristotélicos llegaron hasta nosotros por medio de Averroes y los estoicos llegaron hasta nosotros por medio de Séneca. Recorred la gran literatura colombina, quiero decir, los Diarios, epístolas, consultas, apuntes, libros dejados por el sublime piloto, quien á sus infinitas calidades reunía la excelsa de verdadero escritor, pues ya historia los sucesos como el más avizor de los cronistas, ya pinta los deliquios del alma como el más místico de los ascetas, ya canta la Naturaleza como el más bucólico de los vates; y echaréis de ver cuánto le sirven de un lado Aristóteles y Averroes, como de otro lado los dos Sénecas, el poeta y el filósofo, así para sus cálculos y proyectos propios como para sus persuaciones á los demás. No solamente invoca el excelso Aristóteles tamizado por la sabiduría semítico-árabe para demostrar que la tierra es

redonda y la mar chica, por lo que nuestra occidental Iberia se halla muy próxima de las Indias Orientales; invoca las cuestiones naturales del filósofo Séneca, en lo relativo á viajes del siglo suyo, amén de invocar los versos de Séneca el poeta, que han pasado á la conciencia universal como una grande profecía por el genio anunciada en las idealidades etéreas y cumplida fielmente por la realidad en el tiempo.

Mas, no sólo hallaba Colón en esta nuestra patria el Aristóteles comentado por los árabes y el Séneca traducido á la continua, cuyos libros se ponían sobre la cabeza los humanistas en religiosa reverencia, encontró también aquellos adelantos náuticos, que hacían de Barcelona, de Palma, de Sevilla, verdaderas escuelas de marear, á las cuales había tenido que recurrir varios lustros antes de la natividad de Colón el gran revelador del mar occidental próximo á las riberas lusitanas, el infante portugués D. Enrique. Una de las mayores maravillas, con que la Biblioteca Nacional de Francia se ufana justamente, ¡ah! es aquel increíble Atlas de mapas catalanes, donde se pueden ver y tocar los adelantos científicos de nuestra patria, y sus revelaciones múltiples en el estudio de los mares y de los cielos conocidos entonces, por los siglos décimocuarto y décimoquinto. Mallorquines eran los astrolabios usados en la escuela lusitana de Segres, que hacían más segura la navegación, y más certeras sus direcciones, relacionando el espacio marino con el espacio celestial y las olas movibles con las estrellas fijas. ¡Cómo facilitaban los trabajos del mareante aquellos astrolabios

meteoroscópicos, que iban colgados del mástil mayor y servían para encontrar á cada momento el minuto cierto por la relación estrecha del mar con el cielo y de las ondas con las constelaciones! Siempre que se convierten los ojos á un rayo cualquiera ó matiz de la luz científica se halla uno frente á frente de aquel coloso que se llamó Raimundo Lulio, quien jamás ha cansado á la universal admiración, todavía empeñada en prestarle religioso culto. Poeta, filósofo, químico, naturalista, jurisconsulto, astrónomo, no sólo indujo de sus observaciones marinas que debía existir un amplio continente al ocaso de Irlanda y Escocia; escribió un *Arte de Navegar* y con grande sabiduría práctica perfeccionó el *Astrolabio*. Sin esta relación entre mar y cielo, encontrada en plena mitad de los siglos medios por la ciencia mallorquina, jamás los catalanes cumplieran sus atrevidas expediciones á las costas ardientes del África, ni á las costas brumosas del Norte de Inglaterra, como jamás hubiera establecido el infante D. Enrique su escuela de Segres, desde la cual pobló con islas y archipiélagos innumerables el occidental Océano. En el *Fénix de las maravillas del Orbe*, por Lulio escrito y por Cladera citado primero en sus *Investigaciones Históricas* y después por Humboldt en su *Examen de la Geografía del Nuevo Mundo*, ya se dice cómo los mallorquines y los catalanes acudían á cartas de marear antes de haberse acabado el siglo décimotercio, las cuales cartas de marear superaban en mucho al saber corriente de su tiempo. No se había llegado á la mitad del siglo décimocuarto, y ya prevenían las ordenanzas arago-

neas que cada buque llevase, no una, dos cartas de marear á su servicio. Cuando el Infante se ufanaba con haber descubierto en las riberas africanas, el año décimonono de la centuria décimaquinta, el cabo de Non, bien podían decirle con orgullo fundadísimo los catalanes que su compatriota Ferrer había ido cinco grados al Sur más abajo el año cuadragésimosexto de la centuria décimacuarta. Y tan cierto cuanto vamos diciendo, que la escuela de Segres, fundada en sitios consagrados por antiguas tradiciones celtas, y erigida con el propósito firme de dilatar Lusitania por los mares, nunca brillara como brilló, si un mallorquín como el maestro Jaime no fuera designado por guía y director del grupo revelador que formaban aquellos avizores é inspirados nautas, los cuales, no solamente observaban mar y cielo, á manera de los humanistas y de los artífices del Renacimiento, leían y comentaban los libros clásicos. Y leyéndolos y comentándolos, encontraban referencias al mar de Zargazo en Aristóteles, y en su libro que se titula *Maravillas de oídas*, y en Pitágoras y en los fragmentos pitagóricos muchas contradicciones del principio de Thales, que creía la tierra una grande lámina plana, y muchos asomos del dogma que había de revelar la nueva creación y abrir los caminos para encontrarla y conocerla; el dogma de la redondez del planeta.

Si á esto se añaden el mapa célebre de Behaim, que presentaba con arreglo á los dichos de Marco Polo, un collar de islas verdes y olientes, á las extremidades últimas de Asia; y la epístola del florentino Toscanelli asegu-

rando se podía encontrar el Oriente con sólo navegar siempre hacia Occidente; y las palabras de Alberto Magno en su libro cosmográfico de la *Naturaleza de los Lugares*, donde proclamaba las zonas tórridas habitables todas ellas y decía no ser líquido sino firme y continental el espacio por los antípodas habitado; y las prodigiosas ideas de Roger Bacón respecto á la posibilidad de hallar el Asia oriental por la Europa occidental; y, sobre todo, los libros del cardenal Pedro Aliaco, tan encarecidos por el descubridor que probaban el principio aristotélico de la pequeñez del planeta y de la brevedad del mar, tendremos probado el teorema puesto á la cabeza de todas estas observaciones, respecto del medido y graduado progreso, con que una larga secular evolución llegó á disponer y preparar acontecimiento tan grande como este hallazgo del Nuevo Mundo, que no podía ser ni antes, ni después, sino en aquel minuto de los tiempos; ni por medio de este ú otro pueblo, sino por medio de nuestra España, la estrella vespertina; ni por otro ningún hombre, sino por aquel, diestro en los consejos, en las asambleas elocuente, práctico de cosas marineras, con vista de astrónomo para el cielo y lógica de matemático para el cálculo, de naturaleza positiva y observadora para la ciencia y de misticismo y efusiones místicas al mismo tiempo tales, que con sus rezos, con sus plegarias, con sus salves, con sus profecías, facilitaba un milagro y ponía, como los reveladores y los profetas del Antiguo Mundo y de la vieja Historia, el mismo Dios de su parte.

La verdad es que nunca insistiremos bastante sobre